

Capítulo

1

Un viaje hacia la fusta

Si hace menos de un mes, alguien me hubiera dicho que hoy iba a estar en un tren camino de Oviedo, para ponerme en manos de un desconocido que encontré en la sala de *Amos y sumisas* del chat de Wanadoo, habría pensado que estaba drogado, que me estaba poniendo a prueba, que tenía mucha imaginación o que su aburrida vida erótica le hacía inventar cosas tan rocambolescas como ávidas de buscar, desesperadamente, la chispa que perdió su cama tiempo atrás...

Pero lo cierto es que aquí estoy, sin querer o sin poder escapar de mi aventura, mi perdición, mi secreto, mi curiosidad, mi gloria, mi lujuria o todo a la vez y, sobre todo, sin poder escapar del juego y la seducción de ese desconocido de Oviedo que se hace

llamar AMOSAPIENS. Y conste que no digo Amosapiens, AmoSapiens, o ni siquiera AMO-Sapiens, sino AMOSAPIENS, ¡con mayúsculas! ¡Muchas mayúsculas! ¡Todo en mayúsculas! Mayúsculas —según dice— de AMO, mayúsculas de Dominante, y mayúsculas de Dueño y Señor de las riendas en materia erótica.

Es inevitable, pero todo lo que hago últimamente, incluyendo sobre todo este viaje, lo vivo con la extraña sensación de que mi aventura con AMOSAPIENS va a borrar de un plumazo el camino de vuelta. ¿Estará contribuyendo el avance del tren a esta sensación de vértigo? Sí, ya sé que es lógico que un tren avance, y por muy enajenada que haya estado y siga estando, ¡hasta aquí llego! Entre otras cosas, es normal que el tren avance, primero porque la razón de ser de cualquier tren es, precisamente, avanzar, y segundo, porque de lo contrario se caerían *en un abrir y cerrar de raíles*, Renfe, el Ministerio de Fomento y muchas instituciones y organismos que, si soy sincera, ahora me importan nada y menos, y menos que nada.

Quiero decir que cada metro que recorre este gusano de hierro es un metro que me acerca a un AMO, experto en lo que para él es el arte del BDSM o, en palabras y expresiones de andar por casa, dominantes y dominados, sádicos y masoquistas, láti-

gos, cuerdas, esposas, fustas y otros juguetitos con los que, dicho sea de paso, no sólo no he jugado en mi vida sino que, para más ironía, no los he visto ni de lejos salvo en algún especial de ese programa de televisión que presentaba una tal..., ¿cómo se llamaba?, ¿seré idiota? ¡Pero si lo tengo en la punta de la lengua...! ¿Era...? ¿Cómo era? ¡Ni idea! En fin. ¡Vaya memoria la mía!

Soy incapaz de analizar la razón, pero hoy, último viernes de marzo, me he atrevido a llegar hasta este Talgo que, según insinúa el billete, se propone llegar a Oviedo entre la una y media y las dos de la tarde. ¿Será posible? Por mi cabeza acaba de cruzar la idea de que hasta el tren es sádico, ¿o no es sádico elegir las inhumanas e intempestivas ocho de la mañana, para salir de la estación de Chamartín? ¿No es sádico el madrugón, el estrés por la ropa, la maleta, los atascos y esa zozobra nocturna que apenas me ha dejado dormir? En fin, una mala noche la tiene cualquiera, pero a este paso voy a empezar a preocuparme por el *tema sueño* porque, entre chateos con *Amos y sumisas*, sádicos, masoquistas y conversaciones con AMOSAPIENS, hace más de un mes que apenas descanso.

No sé nada. Bueno, sería más correcto decir casi nada porque al menos sé que esta brillante frase es de Sócrates. Y no, no es que quiera copiar al maes-

tro, es, sencillamente, que no puedo saber quién es esta mujer que debe poner sus posaderas en el vagón 25, asiento 74 con ventana, del Talgo Madrid-Oviedo, al tiempo que en una especie de arrebató literario sonrío pensando que, aunque de lejos y sólo en el sentido más abstracto del término, se parece algo a la protagonista de *Las edades de Lulú*.

Posaderas... ¿Seré necia? ¿Cómo es posible que mis neuronas decidan aterrizar en *las posaderas* precisamente ahora? ¿Cómo no recordar que en este mes, además de otros regalitos eróticos relacionados con mi trasero, me han dado cientos y cientos de golpes, latigazos y fustazos virtuales en esa parte de mi anatomía?

¡Bufff! Lo cierto es que me pongo mal con la idea de los azotes, la fusta y las habituales nalgadas cibernéticas; sobre todo si recuerdo cómo AMOSAPIENS me habló del BDSM o esas siglas que no conocía y que, solícito, pronto se empeñó en traducir: B, de *Bondage* o ataduras. D, de Disciplina o Dominación. S, de Sadismo. M, de Masoquismo. ¡BDSM! ARTE del BDSM, lo llamaba él. No práctica del BDSM. No afición por el BDSM. No técnica del BDSM. Ni siquiera arte del BDSM, sino filosofía de vida y ARTE, ¡con las mismas mayúsculas que su condición de AMO!

Ahora sé que, consciente o inconscientemente, la aparición de AMOSAPIENS marcó un antes y un después en mis curioseos cibernéticos. Me refiero a

una especie de barrera en el tiempo que observo en pequeños detalles como, por ejemplo, el hecho de haber cambiado de *nick* cientos de veces, pero convertirme en Marta, y no dejar de ser Marta, justo desde que me encontré con ÉL...

Recuerdo que, al poco de dar con AMOSAPIENS en la red, me comentó que en el mundo BDSM, los símbolos, la estética y, sobre todo, los detalles eran muy importantes. Me fascinó. Reconozco que me fascinó ese universo nuevo, prohibido para tantos, oscuro para otros, y repleto de símbolos que se abría ante mí. Claro que también fue inevitable sentir ese vértigo cuando me percataba de que, además de ilustrarme, quería ponerme a prueba, captarme como si su filosofía de vida fuese una especie de secta, e intentar arrastrarme, poco a poco, al deseo de practicar su ARTE. ¿Será ésta la razón por la que nuestras luchas erótico-virtuales no nos han dado ni una pequeña tregua? ¿Por eso nuestras batallas cibernéticas han sido siempre tan excitantes y divertidas? Tanto los mensajes privados que brotaban desde la sala de *Amos y sumisas*, como después el *Messenger* y su curiosa manera de estructurar y mostrar los diálogos, fueron fieles testigos de ello:

Marta: Bueno, reconozco que me parece muy atractiva la cuestión estética. En ésta y en otras cosas.
AMOSAPIENS: Bien, vas por buen camino.

Marta: ¡No seas iluso! ¿De verdad crees que has ganado un tanto en esta lucha sin cuartel?

AMOSAPIENS: Por supuesto: el AMO siempre gana.

Marta: Te equivocas. La estética me ha parecido importante siempre y no sólo ahora. Por ejemplo: un regalo cualquiera no hace la misma ilusión si el papel que lo envuelve es de una manera u otra.

AMOSAPIENS: ¡Estupendo! ¿Ves como serás una detallista e irresistible sumisa?

Marta: ¡Y una mierda! Antes que sumisa, creo que sería una fantástica AMA-zona o AMA-pola o AMA-rilla... ¡Con lo mona que me veo yo con un corsé negro de cuero, el tanga a juego, las medias de rejilla y los tacones de aguja!

AMOSAPIENS: ¡Hummm! Esa indumentaria es perfecta para una sumisa que se pone a cuatro patas o de rodillas frente a la polla de su AMO...

Marta: Se te olvida un detalle: cuando hice la comunión llevaba un librito y, desde entonces, estoy acostumbrada a tener siempre algo entre las manos. Por eso no dejo de fumar, así que si tengo que ser *Barbie BDSM*, al modelito del corsé y el tanga, deberías añadirle una fusta, un latiguito o cualquier otro juguetito de los tuyos...

AMOSAPIENS: ¡Jajajajajajaja! Crees que fumas para tener algo entre las manos, pero lo haces pa-

ra tener algo en la boca. No te preocupes: yo te ayudaré a calmar la ansiedad, y te daré algo sabroso para que calmes tu vacío bucal...

El juego de palabras sobre AMA-zonas, AMAspolas o AMArillas siempre ha sido, además de provocador, totalmente incompatible con su condición erótica de AMO, pero Sapiens, paciente y dicharachero desde el origen de esas charlas que más que diálogos parecían estratagemas eróticas, nunca bajó la guardia ni de su chulería, ni de su afán por enseñarme el mundo del BDSM:

AMOSAPIENS: ¿AMA-zona? Bueno, si te portas bien te dejaré que cabalgues un poquito, pero sólo si te portas bien.

Marta: De sobra sabes que eso es imposible. Si yo fuera AMA-zona y tú un AMO, lo nuestro sería como lo de todas las parejas: una vulgar lucha por el mando.

AMOSAPIENS: Jajajajajaja... ¡Pero qué graciosa es esta sumisa mía!

Marta: No soy de nadie, ¿eh, chulo?, de nadie...

AMOSAPIENS: No te preocupes, eso tiene arreglo: Pronto serás MÍA.

Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que no hace mucho me habría escandalizado todo esto, ¡y

hasta creo que me habría causado repugnancia la situación! Pero hoy no. No entiendo la razón, pero hoy no... ¿Será éste mi equipaje? ¿Será éste el verdadero camino que debo recorrer con la excusa de un viaje de tren? Intuyo que una buena parte de mí ha decidido acudir a esta cita para averiguar aspectos desconocidos de mí misma, a costa de buscar cosas tanto de AMOSAPIENS como de esta nueva realidad que, con una insolencia insultante, ha abierto un *cajón* prohibido de mi, hasta ahora, *cómoda* vida. En fin, ¡sólo espero que no quiera hacerme salir de algún *armario* que no conozco ni yo!

No sé si receptiva o desesperada por poner en su sitio a ese gusanillo extraño que lleva días alterado dentro de mí, al mismo tiempo que atravieso vagones en busca de mi asiento, también busco señales hasta debajo de las piedras: anécdotas, hechos, recuerdos o situaciones que me ayuden a entender todo esto o, mejor dicho, a entenderme.

Parecerá una tontería, pero la revista *Paisajes*, que nada más subir al tren he cogido de ese montón que, medio descuidado, se encontraba apilado en un rincón de la barra de la cafetería, en vez de ayudarme al relax, ha contribuido a que me altere más. Conste que no lo digo por las maravillosas fotos que he tenido oportunidad de ver en esas ojeadas compulsivas que han durado décimas de segundo, o por esos re-

portajes sobre lugares hermosos que, como es natural, no he podido leer por una evidente falta de concentración y de tiempo, entre otras cosas porque hace escasos minutos que estoy aquí, pegada a un asiento que podría hacer el favor de parar mi loca cabeza y adormecerme con su nana de *cha-ca-cha-ca-cha*, hasta llegar a donde no sé si debo, o no debo, llegar.

No, aún no he tenido tiempo de leer, porque esas rutinarias tareas que llevamos a cabo todos los viajeros con más o menos gracia me han mantenido muy ocupada: recorrer el tren en busca de mi vagón, atravesar la cafetería y, de paso, coger o robar la revista *Paisajes*, caminar entre las tripas del tren intentando localizar mi asiento, hacer el esfuerzo de elevar la maleta en el portaequipajes sin aniquilar la cabeza de nadie, quitarme el abrigo, sentarme, descorrer la cortina azul añil salpicada de minúsculos logotipos de Renfe estampados en amarillo ocre, ver con mirada absorta, si es que esto existe, cómo el tren va cogiendo poco a poco velocidad a medida que atraviesa y se va alejando de las horribles afueras de Madrid, y cómo mi mente navega entre somnolientos y variopintos pensamientos que parecen ir moviéndose y mutando al compás del movimiento del tren.

Lo mejor, sin duda, ha sido comprobar que, de momento al menos, nadie me va a impedir dormir, pensar, moverme, levantarme, leer o poner el codo y

estirar las piernas como me venga en gana porque, ¡y pienso cruzar los dedos!, no tengo ningún compañero en el asiento de la derecha. Es más: creo que seré mala a propósito y crearé una especie de extorsión visual gracias al bolso, el abrigo y varias revistas que pienso esparcir en el sillón vacío, para frenar a cualquier plasta que haga ademán de sentarse en él. Total, quedan un montón de sitios libres...

Lo que de verdad me ha causado tensión pese a haber estado tan ocupada, ha sido ese horóscopo que, plantado en la última página, sí he leído. No distingo si lo he hecho por distracción, por la brevedad casi tipo telegrama del texto con la que está redactado cada signo del zodiaco, o con ánimo de encontrar esas señales que ando buscando; claro que también es posible que simplemente lo haya hecho porque, aunque muchas veces tengamos la desfachatez de negarlo hasta delante de la máquina de la verdad, a las mujeres nos suelen gustar estos cotilleos astrológicos que, irónicamente, rara vez son lógicos.

Enseguida me ha hecho gracia que cada uno de los doce signos estuviese redactado con alusiones al mundo del ferrocarril, aunque también me han empachado esas reincidencias chirriantes, surgidas de la utilización abusiva de sustantivos como maleta, vía, billete, revisor, viaje, estación o equipaje. A ver, a ver... ¿Por dónde anda el mío? Aquí está: ¡Virgo! ¿Virgo?

¿Cómo que Virgo? ¡Socorro! Como por arte de magia me asalta la risa nerviosa, esa risilla que explota en momentos de descontrol y en situaciones inoportunas, *tipo tanatorio*, por ejemplo... ¿Pero cómo se me ocurre emprender esta aventura sexual siendo Virgo?, me digo intentando parar un carrusel de no sé qué.

Pronto me tranquilizo pensando que, pese a no ser una experta en las cosillas de un *erotismo normal*, e incluso a pesar de no tener ni idea de eso que llaman relaciones sadomaso, de virgo, lo que se dice virgo, por suerte sólo me queda el horóscopo... ¡Y menos mal!, porque con treinta y dos años sería algo más que preocupante si ciertas cosas *siguieran siendo virgo*, aunque ahora que no me oye nadie podría decir, respecto a alguna de esas cosas, que hace años me dolió tanto cuando intenté hacer uso de ellas, que opté por no volverlas a usar. O sea: casi virgo por culpa de este rollo, ¿cómo llamarlo?... ¿*neuro-anal*, quizás? Sí, *neuro-anal* me parece una buena y hasta tragicómica expresión...

Cuando logro dejar atrás esas bromas baratas que no engañan a nadie porque sólo son el camuflaje de una desbordante inquietud interior, decido leer por fin mi horóscopo: VIRGO: *No dejes pasar de largo ningún tren. Hoy corres el riesgo de perder el rumbo si das marcha atrás.*